

CAPÍTULO III

De México á León

«SEÑORA DOÑA TECLA AGUADO DE RODRÍGUEZ

México, Marzo 2 de 188...

»Muy señora mía y querida esposa:

»Celebraré que, al ser ésta en tus manos, goces de la cabal salud que yo para mí deseo, y que Dios hasta ahora se ha servido concederme. ¡Ay! ¡gordita mía! gracias al Ser Supremo puedo ya respirar, y escribirte una carta larga, muy larga, lo menos de cinco pliegos, para decirte espacito las muchas cosas que me llenan la cabeza; no que, hasta ahora, apenas te he podido mandar algunos renglones, para que supieras que estaba sin novedad, y dándole recio al triste negocio que me trajo á ésta.

»¡Ay, gordita! es tanto lo que quiero contarte, que no sé qué te contaré primero. ¡Vaya! al revés de lo que se usa en las comidas, en que se deja el dulce para lo último, yo comenzaré por referirte las impresiones dulces que he experimentado, dejando las tristes para luego; pues opino, salvo el parecer de quien más sabe, que mientras más tarde se digan las cosas que apenas, mejor es.

»¡Ay, gordita mía! ¡qué lindo es México! pero no vayas á creer que me gustó *luego luego*, al principio estaba *engentado*, aturdido y como mareado con tanta

gente, que va y viene, con tantos coches, caballos y wagones. No vayas á creer, gordita, que no tenga México sus nulidades; sí las tiene, y muy grandes: figúrate no más, que en la merita plaza está el mercado del Volador, y la mucha gente, que por allí pasa, y las cáscaras de fruta que tiran, y los desperdicios de verdura que dejan, ponen todo aquello intransitable y asqueroso.

»Quita tú las calles de Plateros y San Francisco, las del Cinco de Mayo y algunas otras, que son limpias, están bien empedradas y tienen muy bonitas casas, y en las demás verás zaguanes inmundos y pestíferos, casas viejísimas, suelos llenos de hoyos, y otros *desfiguros* por el estilo. De los barrios no te diga, ya sabes que hasta por allá ha llegado la fama de las pipas nocturnas; al meterse el sol es cosa de echar las tripas, ver á las gentes pobres apiñarse en derredor del apestoso carro para echar en él aquella cosa repugnante.

»De las gentes ¿qué te he de decir? que unas se visten muy bien y otras andan muy sucias y harapientas. Las señoras se componen mucho, hasta las viejecitas, ¿si vieras? es para morir de risa ver á muchas abuelas muy compuestas y emperejiladas, ¡vaya, juraría que hasta se dan su manita de gato! Si las viejas se componen tanto, figúrate cómo se compondrán las muchachas, se aprietan la cintura que da miedo; á mí, al verlas, me parecía que se iban á tronchar, se ponen por detrás, debajo de la enagua, un bulto que llaman *polisón*, y que les sube mucho; no te miento, á veces el bulto les llega casi hasta el peinado.

»¡El peinado! ¡Ay, gordita! Cuando yo empecé á ver

tanta montaña de pelo, tanto rizo y tanta zarandaja, me quedé aturdido, y dije para mi sombrero ancho: ¡Bendito sea Dios! ¡Qué buen pelo tienen estas guapas chicas! pero ahí tienes tú que luego se me cayó el gozo en el pozo, pues supe que la mayor parte de aquellos adornos eran postizos y que una buena cabellera es aquí tan rara como el ave fénix. ¿Y el calzado de las pollitas? ¡Ay, qué apreturas! Yo no sé cómo lo pueden aguantar; parece que andan en zancos, figúrate no más que usan unos tacones muy altos, que se angostan mucho á la mitad, y van á rematar cerca de la punta del pie.

»Esto que te cuento no te ha de admirar mucho, porque ya la moda también nos va llegando por allá; pero en todo y por todo es aquí mucho más exagerada. Y no te creas, hijita, que nada más las mujeres se componen mucho; también ¿qué han de hacer las pobres? si no tienen más fin que estar adornase y adornase para gustarles á los hombres. ¿Sabes tú lo que sí me chocó muchísimo? que los hombres también se componen; la verdad, gordita, hasta coraje me dió.

»Los jóvenes de buena edad y hasta muchos que ya son pollos roncós, se aprietan la cintura, usan unos botines muy ajustados, muy puntiagudos, se peinan con raya en medio, con onditas, ¡vaya, que ni una muchacha! y se pasan toda la santa mañana *parados* en la calle de Plateros, viendo pasar á las muchachas y molestándolas con majaderías que les dicen, ó haciendo señas á las mujeres malas, que, te diré de paso, andan aquí muy elegantes, paseándose en coche revueltas con la gente de buena vida.

»¡Ay! ¡Tecla de mi vida! Ahora te voy á hablar de lo que más me ha disgustado en esta gran ciudad que tanto llama la atención y pica la curiosidad de nosotros los payos, como nos dicen por acá. Mira, hijita, lo que te voy á decir no es por santificarme ni por santificar á nuestro rancho; ya sé que en todas partes se cuecen habas y que los vicios cunden como la mala yerba. Con todo, aquí los vicios se desarrollan en una escala tan grande que ya es escalera y más larga que la esperanza de un pobre.

»Deja tú que las calles estén sucias, deja tú que las viejas sean relamidas, que las muchachas se afeen á fuerza de emperejilarse, que los hombres se compongan como si fueran mujeres. Todo esto podía pasar; pero lo que se me atora son las innumerables cantinas que hay aquí. Las hay de todo tamaño, de todo pelo, de todo color. Si vas por las calles de Plateros, no das diez pasos sin tropezarte con algún elegante expendio de licores donde la gente se emborracha á lo fino; por los barrios no das otros diez sin dar con pulquerías ó tabernas donde los *pelados* se emborrachan á lo ordinario; y no vayas á creer que sólo la gente perdida y dejada de la mano de Dios frecuente esos parajes; no, concurre á ellos todo el mundo; ¡vaya! hasta creo que son mal vistos los que no echan copas.

»En los portales, en las calles de Plateros y San Francisco, desde las once de la mañana hasta las dos de la tarde, es un continuo entrar y salir de toda clase de caballeros por las puertas de las cantinas. Allí los personajes más graves se revuelven con los pollos más insigni-

ficantes, allí las barbas y cabelleras blancas se mezclan con rostros lampiños y cabezas rizadas de muchachos. ¡Ay, hija! No es mentira, y es cosa que parte el alma ver á pollitos, recién salidos del cascarón, beberse como agua copas de ron ó de coñac, como si ya tuvieran el gaznate curtido.

»¿Sabes que otra cosa me desagradó mucho? La multitud de gente que pide limosna, no creas tú que no más piden los desarrapados, los ciegos, los baldados, los decrepitos. No, hombres de buena edad, bastante fuertes, que bien pueden trabajar, piden igualmente. Señores de levita, señoras de tápalo se le acercan á uno cuando menos lo piensa, y, con tono compungido que llega al alma, piden la limosnita; y no todos son necesitados, si así fuera, menos malo. No, muchos son unos *sinvergüenzas*, que piden para fomentar sus vicios.

»Ahora verás lo que me pasó. Iba yo una tarde por la calle de Plateros, cuando se me acercó un caballero decentemente vestido que gastaba sombrero de copa, levita cruzada y de un aspecto bastante respetable. Se descubrió con mucha cortesía y me dijo, con tono muy patético y al mismo tiempo muy amable:

»—Señor, perdone usted mi grande grosería, pues sin tener el honor de conocerle, me tomo la libertad de cortarle el paso y de distraer su importante atención.

»—No tenga usted cuidado, señor, ¿en qué puedo servir á usted?

»—¡Ay, señor! — me contestó con acongojadísimo tono, puso unos ojos muy tiernos, y hasta me pareció que se le rodaban las lágrimas; — me aflige una gran desgra-

cia, y usted tiene un aire tan bueno y revela un corazón tan noble, que me anima, venciendo mi mortificación, á comunicarle mi horrible desventura.

»¿Crearás, hijita, que me enternecí?

»—Hable usted sin temor, le dije, tendré mucho gusto en servir á usted en lo que pueda.

»—¡Ay, señor! ¡Qué generoso es usted! — me dijo con voz muy afligida, — á leguas se conoce que no es usted de aquí, porque esta gente no tiene corazón, ni caridad, ni le importan nada los sufrimientos del prójimo. Yo soy empleado, gano cien pesos mensuales, pero ya sabe usted la horrorosa suspensión de pagos que ha habido, nos han quedado á deber quince quincenas; en esto mi mujer se me puso mala, primero le dió peritonitis, luego le vino un dolor de costado, y luego una complicación de enfermedades; pues bien, señor, para tan larga cura, para pagarle á este médico y al otro, se empeñó cuanto había en casa, hice cuantos sacrificios comprenderá usted en su noble corazón, y todo fué inútil, señor.

»Y se puso á hacer pucheros, y se puso á llorar á lágrima viva, y entre sollozo y sollozo, enjugándose las lágrimas y sonándose de vez en cuando, siguió diciendo:

»—Sí, señor, todo fué inútil, porque mi buena y adorable Elvira, la compañera de mi vida, la luz de mis ojos, la madre de mis hijitos y mi encanto, señor, falleció esta mañana; y aquí me tiene usted en la situación más desesperada: yo sin un centavo, mi pobre mujer tendida, mis ocho hijitos llorando de hambre y de pesar.

»Y se puso á llorar á raudales; yo estaba muy conmovido, y lleno de buena voluntad para socorrer aquella gran

desventura, y empecé á echar mis cuentas. Este pobre señor, decía para mí, necesitará lo menos veinte pesos; y calcula mi apuro: no llevaba yo dinero suelto, cargaba un billete de á cien pesos y monedas insignificantes, creo que una peseta, un real y varios centavos.

»En fin, para salir del apuro, me pareció oportuno decirle á aquel señor:

»—¡Ay, caballero! Me coge usted desprevenido, de buena gana socorrería á usted, pero no sé cómo hacerlo; y me turbé, temiendo que aquel desventurado viese en mi excusa una negativa; mas por fortuna él me sacó del atolladero, diciéndome con tono enfático y solemne:

»—Señor, deme usted aunque sea una miserable peseta y remediará á poca costa una gran desgracia.

»—Con mil amores, caballero.

»Y le dí la peseta, él me dió las gracias y se retiró.

»Yo me hacía cruces: era imposible que aquella peseta roñosa le sirviese de algo, siendo su apuro tan grande; no podía creer que por tan ínfima cantidad un hombre decente sufriera el bochorno de pedir; se me metió, pues, en la cabeza la sospecha de que aquel hombre me había contado un embuste.

»Como no me gusta quedarme con dudas, seguí á mi hombre pasito á paso; dió la vuelta por la calle del Coliseo, y yo tras de él. Poco antes de llegar al teatro Principal se metió á un expendio de tequila que hay allí. Me quedé confuso, mas deseando disculpar á aquel hombre á todo trance, eché aquello á la buena parte. Tal vez ha entrado á buscar á alguno, pensé, y me quedé en la puerta atisbándole.

»Pues nada, hijita, empezó á beber copas de tequila, unas que pagaba y otras que le daban, y yo, renegando de mi credulidad, le pedía á Dios que no me tomara en cuenta la borrachera, que, sin querer, había fomentado. Hora y media después salió mi hombre, cayéndose de borracho, ya había anochecido, pasó junto á mí y no me conoció, ni qué se iba á acordar el muy *sinvergüenza*. Entonces yo, para acabar de ponerle en evidencia, me le acerqué y le dije:

»—¿Qué sucede, señor? ¿á qué horas piensa usted que se entierre el cadáver de su esposa?

»¡Ay, Tecla de mi vida! aquel borracho infame, me vió muy sorprendido, y me dijo con mucho cinismo:

»—¿Qué está usted hablando, hombre? nunca he tenido esposa. No soy tan... para eso están ahí las de los demás.

»Y se rió á carcajadas, y se marchó tambaleando y diciendo desvergüenzas.

»Me dieron ganas de acogotar á aquel borracho, pero me causó asco y lo dejé ir por su camino.

»No te vayas á enojar porque fuí á un baile de máscaras, pero ¡qué baile, hija! borrachera y desenfreno, todas las mujeres eran de mala vida; en fin, un escándalo sin nombre.

»En fin, basta de miserias y porquerías. Lo que hay de bueno lo verás y juzgarás por tí misma, pues me propongo traerte, dentro de tres ó cuatro meses que vuelva yo. Ahora te voy á hablar de una cosa santa, que me llegó al alma.

»Como me lo recomendaste y mi devoción me lo dictó,

una de las primeras cosas que hice fué visitar el santuario de Nuestra Señora de Guadalupe. El camino es muy triste y la villa lo mismo, pero de todo queda uno recompensado con penetrar en aquel rico templo y prosternarse ante la milagrosa imagen.

»¡Qué riqueza, hija! figúrate un magnífico barandal de plata maciza, y unos resplandores de oro, que rodean á la Virgen y que quitan la vista.

»¡Cuándo he de poder decirte lo que sentí, al arrodillarme á los pies de la Madre de los pecadores, y al encomendarme á ella, y al encomendarte también á tí y á nuestros hijitos! sentía que el cuerpo se me *enchinaba*, que me jalaban de los cabellos, que mi corazón, primero comprimido y angustiado, se iba ensanchando y llenándose de un consuelo inefable.

»¿Cómo no había de estar angustiado? me acompañaba mi hermano, ¡pobrecito! que era tan devoto de Nuestra Señora de Guadalupe; pues ni cargo se hizo de que estaba ante su divina imagen, tuve que quitarle el sombrero, que arrodillarlo y persignarlo yo mismo.

»¡Vaya! ya es tiempo de que hablemos de él, da muy pocas esperanzas, el médico dice que no responde de que se alivie; por supuesto yo no me conformé con ver á un solo médico, consulté con varios de los *mejorcitos*, y todos fueron de la misma opinión.

»En fin, se ha hecho todo lo posible, y, aunque con pocas esperanzas, lo hemos instalado en una casa de campo muy bonita, con un jardín primoroso, situada por Chapultepec. Le asiste un médico muy afamado, que cobra cien pesos mensuales, otro tanto se paga por renta

de la casa, viven con mi hermano, para cuidarle, un practicante y dos enfermeros, el primero cobra cincuenta pesos al mes y veinticinco cada enfermero; hay que pagar, además, cien pesos mensuales por alimentos y demás gastos de asistencia.

»Me ha servido mucho en todo el hijo de don Francisco Téllez, ¿te acuerdas? aquel comerciante á quien entregaba yo semillas. Es un joven muy aprovechado, muy simpático, muy servicial, se compadeció mucho de la desgracia de mi hermano, me dijo que lo veía como á su segundo padre, y que, después de don Francisco, mi hermano era la persona á quien más veneraba y por quien más gratitud sentía.

»Yo tenía la mejor voluntad de que él hubiera sido el encargado de asistir á mi hermano como practicante, y creo que le hubiera venido muy bien, pues pasa muchos trabajos, aunque él nada me manifestó, pues es muy reservado, muy caballero y un hombre hecho y derecho.

»Pero ahí tienes tú que, con todo y mi buena voluntad para ese joven, no me resolví á encargarle el cuidado de mi hermano, por los malos informes que me dieron. Me dijeron que el hijo de don Pancho se ha vuelto muy divagado, que ya no estudia, que el año pasado no presentó examen, que se ha dado á la bebida, que está enredado con una muchacha muy bonita que le tiene vuelto loco, y se pasa la vida cosido á las faldas de la chica, sin hacer caso de nada.

»Primero creí que todo esto no eran sino hablillas y murmuraciones, pues á mí me pareció el muchacho un hombre de provecho á carta cabal y muy entendido. Yo

no sé cómo dicen que no estudia, porque lo que es saber, sí sabe; apenas vió á mi hermano le conoció la enfermedad, y me dijo lo mismo que dijeron después los médicos de más fama.

»Pues, como te iba diciendo, al principio yo no quería creer los malos informes que me daban de Panchito; pero tanto lo repitieron y lo aseguraron, que empecé á vacilar. Y mira tú, los que más me hablaban en ese sentido eran el hijo del señor Méndez y el de la viuda González, que también estudian medicina y conocen á Pancho como á sus manos. Sin embargo, yo no quería creerlos, pues para hablar mal de uno no hay como los paisanos, y sospechaba además que ponían en mal á Pancho, para quedarse ellos con el cargo.

»Como no me gusta obrar de ligero en cosas graves, les dije que sin mayores pruebas no podía creer sus informes; ellos me ofrecieron dármelas, convine en ello, y un día, á la hora en que Téllez no estaba en su casa, el hijo de Méndez y yo fuimos á ella á preguntar por él. Así me convencí de dos cosas, de que Pancho está en la mayor miseria, y de que hace vida común con una muchacha muy linda.

»Sin embargo, todavía persistía yo en mi primera idea, pues me hacía este cargo: Que Pancho esté en la miseria, es más bien motivo para darle esta comisión, que para negársela. Que viva con esa muchacha, tampoco es motivo para desecharlo; más vale que viva tranquilo con una joven honesta como esa, y no que anduviera en dares y tomares con mujeres de mal vivir, como lo hacen tantos jóvenes.

»Seguí, pues, resuelto á utilizar los servicios de Téllez; pero á la hora de hablar con el doctor que ha de dirigir la curación, me fué saliendo con que me recomendaba á un joven de toda su confianza, llamado Antonio López; díjele entonces que estimaba mucho su recomendación, pero que yo había pensado en un joven paisano mío llamado Francisco Téllez.

»—¿Está usted loco?—exclamó con la mayor sorpresa, interrumpiéndome,—ese muchacho está echado á perder, ya no sirve para nada. Es verdad que al principio daba muchas esperanzas, que estudiaba mucho y con grande aprovechamiento; yo fui su profesor, y se lo puedo asegurar á usted, me tenía encantado con su inteligencia clara, con su aplicación fenomenal, con la maravillosa facilidad con que comprendía los puntos más oscuros de la ciencia; pero eso era antes, amigo mío; bien dijo un sabio, que los tiempos cambian y que nosotros cambiamos con ellos. ¡Oh! ahora es muy distinto: figúrese usted, que este muchacho tonto contrajo ciertas relaciones, que no hay para qué detallar, pero que lo han perjudicado horriblemente; se echó encima compromisos muy superiores á su edad y á sus recursos, y allí lo tiene usted hecho una lástima. Este muchacho para afrontar la situación difícil que se creó imprudentemente, ha hecho muchas tonterías; se hizo periodista, se metió á la política, y esto era andar en tívolis y en banquetes, ya con este ministro, ya con aquel diputado, ya con tal ó cual General.

»Después de hacer la tontera de meterse á periodista, cometió la imprudencia de reñir con el director del periódico.

dico, que es persona de muchísimo valimiento, y hasta aseguran que Téllez desafió á este personaje, el cual tuvo la moderación de despreciar las bravatas del muchacho. Hasta aquí todo hubiera podido componerse, pero este joven, que parece tocado de la cabeza, ha tenido el poco tino de cancelar una tontera con otra más grande. Era practicante de un hospital y empezó á disgustar á su médico; el cual, muy á pesar suyo, y obligado por el descuido y la pereza de Téllez, tuvo que ponerlo de patitas en la calle. Ha quedado, pues, este muchacho en la situación desesperada que usted puede calcular; pero todo por culpa suya. El caso es que no tiene remedio, dicen que se embriaga, que duerme de día y vaga de noche, llevando la vida más desarreglada posible, pero eso no me consta.

»Cuando el doctor hizo un retrato tan desventajoso del hijo de don Francisco, quise sacar la cara por el muchacho. Recordé al doctor lo deferente y bondadoso que se mostró con Pancho, el día que le llevamos á mi hermano; á lo cual me contestó que aquello lo había hecho por mera cortesía, que no había razón ninguna para tratarle con despego, ni para mortificarle delante de la gente, sacando al sol sus trapitos sucios; pero que, hablando en lo íntimo conmigo, el caso era otro; que no se trataba de averiguar si Téllez era más ó menos divagado, sino de procurar que mi hermano estuviera asistido por una persona, que se dedicara en cuerpo y alma á cuidar al enfermo, y que no anduviera preocupado con amoríos, enredos y otras tonteras y quebraderos de cabeza.

»La verdad, hijita, esas razones me hicieron mella;

mucho quiero á Pancho, mucho quise á su padre, pero más quiero á mi hermano; no obstante, quise quemar por Téllez mi último cartucho, y dije al doctor que me causaba admiración lo que decía, que Téllez era muy entendido, que, aunque yo no era voto, creía que el muchacho sabía mucho, pues conoció luego la enfermedad de mi hermano.

»Dijome el doctor que él no negaba aquellas cualidades, que, precisamente porque las reconocía, lamentaba tanto que se hubiera extraviado aquella hermosa inteligencia. Que me fijara yo bien que él no quería mal á Téllez, ni podía tener el menor empeño en causarle daño, que su único propósito era la buena asistencia de mi hermano; que el practicante que hacía falta, no sólo había de tener conocimientos más ó menos extensos, sino que era indispensable que ofreciese garantías de eficacia y de esmero en la asistencia de tan precioso enfermo; y que mal podía ofrecer esas garantías, quien, como Téllez, vivía desarregladamente y preocupado con amoríos y otras cosas.

»Todavía agregó que Téllez no era práctico, ni lo había sido nunca, ni lo sería jamás; que sus conocimientos eran puramente teóricos, y concluyó diciéndome que él no tenía empeño ninguno, que hiciera yo lo que me pareciera, que por su parte él había cumplido con el deber de darme informes amplios.

»¿Qué había de hacer? sacrificar en beneficio de mi hermano el interés que me inspiraba Téllez, y admitir los servicios de aquel *dichoso* señor López, de quien me han contado, que sus compañeros le dicen por mal

nombre el cojo Santa-Anna, apodo que me cayó muy en gracia.

»Ofrecí á Téllez cien duros, como gratificación por las molestias que se tomó, y es tan noble el muchacho, que no quería recibirlos; para que los admitiera fué necesario que se lo pidiera yo como un favor y le rogara mucho. Cuando le dije quien era el practicante nombrado, me contestó que le parecía muy bien, que López era muy estudioso, muy dedicado, que no se podía haber elegido mejor, y, en fin, me habló tan bien de los demás, como éstos me hablaron mal de él. ¡Pobre muchacho! yo no le tengo por un perdido, si acaso se habrá extraviado un poco, porque hay en la vida situaciones muy difíciles y pasiones muy fuertes.

»Y después de haberte hablado de tantas cosas, concluyo esta interminable carta, rogándole á Dios te dé cuanta felicidad desees y te convenga, aunque me la quite á mí de la parte que me reserva, y poniendo á tus plantas el corazón de tu esposo que te quiere

»JOAQUÍN RODRÍGUEZ.

»P. D. — Muchos besitos á mis hijitos y sobrinos.»

CAPÍTULO IV

As you like it

—Decídase usted, señor Téllez, salga de esa tristeza que le abrumba, de ese abatimiento que le mata; no sea

usted tonto, hombre, haga usted lo que yo, trate á latigazos á esta sociedad miserable; impóngase usted por el temor que cause, por las amenazas que lance. Conque ánimo y resuélvase á escribir en mi periódico.

—Lo pensaré.

—Nada tiene usted que pensar, está usted en la miseria, sin camino que seguir; la condenada suerte le ha cogido á usted en una ratonera; los estudios, demasiado abandonados los tiene usted, se necesita que, á todo trance, haga un esfuerzo y se levante de sus propias ruinas. Para persuadirle á obrar así no *haré argumentos* de sensibilidad, no es mi fuerte ni mi gusto; tengo sobre el mundo y la sociedad mis opiniones invariables, si me intereso por usted, no es porque me importe un comino que usted perezca ó se salve, sino porque me puede ser útil. Usted tiene talento, estilo vigoroso y vivo, y como ha recibido usted muchos golpes, ha de escribir de un modo que arda, que duela, que levante ampollas, que saque sangre. Usted ha de levantar mi periódico, yo he dado ya muchos palos y se me ha cansado el brazo. Usted vendrá de refuerzo. ¡Mozo! —repíte;—coñac al señor y ginebra para mí.

—Mucho siento que no podamos estar conformes, yo tengo altísima idea de la misión del escritor, las ideas han de guiar su pluma, en ellas se ha de inspirar haciendo abstracción de las personas.

Este diálogo tenía lugar en un gabinetito del café de la Bella Unión. Los que hablaban eran Pacotillas y un personaje flaco, moreno, de pequeña estatura, de larga y afilada nariz, de facciones llenas de malicia y sarcasmo.